

EL MAGISTERIO ESPAÑOL

PERIÓDICO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

APARTADO. 131

OFICINAS: CALLE QUEVEDO. 7

TELÉFONO. 2972

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Avicultura: alimentación de las gallinas.—Hemos recibido algunas preguntas sobre este asunto, y por parecernos interesante vamos a tratarlo en este lugar de **El Magisterio Español**. Creemos que puede ser útil a muchos lectores, que en los pueblos crían gallinas, y puede además servir de asunto para una lección, especialmente en las clases de adultos.

Para la cría de gallinas y para aumentar sus cualidades «ponedoras» (valga la palabreja) ha de cuidarse mucho de la elección y variedad del alimento y de la regular distribución de comidas a horas determinadas.

El trigo, la cebada, la avena, el trigo morisco o alforfón, el mijo, la algarroba, el maíz, las hierbas de todas clases, las larvas de insectos, los desechos de la cocina, los huesos machacados, las cáscaras de los huevos, machacadas; la carne, la patata también, etc., son alimentos buscados y preferidos por las gallinas. Todo lo aprovechan, y la alimentación, donde existen desperdicios, resulta muy económica.

En las casas de labor, de alguna extensión, donde las gallinas corren con libertad por el campo, no hay que preocuparse mucho por la alimentación durante el verano y el otoño. Ellas se procuran alimento suficiente en los montones de estiércol, en el lecho de las cuerdas, en las echaduras de la granja, en las tierras, con gusanos e insectos, etcétera. En cambio, durante la época actual de invierno y también en la primavera, esos recursos naturales son escasos y hay que suplir la escasez.

Veamos cómo debe alimentárselas. Sépase ante todo que la uniformidad continuada de los piensos suele ocasionar inapetencia, pérdida de salud, y, en consecuencia, reducción de productos. Hay que variar la alimentación.

En general, se recomienda darles tres comidas: una poco después de salir del gallinero, otra hacia el mediodía y otra poco antes de recogerse. Es excelente distribución la siguiente: por la mañana pienso de salvado, al mediodía hierbas o sustancias animales y por la tarde pienso de grano. En todo caso la gallina debe tener a su alcance bebedero con agua limpia y abundante. No se olvide esto nunca.

El salvado procedente de la molienda de cereales (generalmente del trigo) es un buen alimento. Se les da amasado con agua o con sangre procedente de mataderos; en esta última forma, cuando haya ocasión; constituye un alimento recomendable. A veces se asocia el salvado con patatas cocidas y machacadas, haciendo con todo una pasta espesa, caliente, ligeramente salada, que da excelentes resultados, y es económica. Permite esto aprovechar patatas de mala calidad que no tienen mejor aplicación.

Entre las hierbas utilizadas merece especial mención la ortiga. Esta planta, recogida en su época, y conservada como forraje para el invierno, se pica, se tritura, se mezcla con salvado, se forma una pasta con agua caliente y resulta un excelente pienso para las gallinas. Es probado, además, que este pienso tiene propiedades que estimulan la postu-

ra de huevos. He aquí aplicación de una planta que generalmente se deja perder sin utilidad alguna.

Si observamos atentamente las gallinas veremos que buscan y comen hojas de olmo, de tilo y de otros muchos árboles. El avicultor inteligente debe hacer provisión de esas hojas, que generalmente se arrojan y desprecian; picadas menudamente, y mezcladas y amasadas con salvado, constituyen alimento nutritivo y barato.

Igualmente pueden prepararse las hojas de achicorias, de escarola, de borzas, de acederas, etc., aunque éstas procedan ya de cultivo y puedan tener otras aplicaciones.

Los cereales más usados, especialmente sus desperdicios, son trigo, cebada, avena, maíz, etc.

La cebada se usa mucho; es preferible darla machacada y a medio cocer, o remojada durante tres o cuatro horas en agua salada. Aun es más recomendable la avena preparada de un modo análogo. La avena tiene propiedades aromáticas, que parecen excitar la postura de huevos, y afirman, además, algunos avicultores experimentados que con esta alimentación ponen huevos de mayor tamaño.

El trigo negro o sarraceno sirve también de alimentación; tiene este grano un principio amargo que no agrada a las gallinas al principio, mas se habitúan pronto. Este trigo se produce en terrenos pobres y fríos; prospera mejor aún que el centeno, y puede ser un recurso para alimentar las gallinas. En cambio, el centeno no es recomendable para estas aves.

El maíz es también alimento provechoso y nutritivo: las semillas de girasol, las de mijo, etc.

De otros productos trataremos todavía otro día; por hoy basta para no hacer demasiado larga esta nota.

Barómetro barato.—Nuestros campesinos pronostican el tiempo tomando sus indicaciones de los objetos que les rodean.

He aquí algunas:

Si las gallinas se revuelcan en el polvo y erizan sus plumas, es señal de próxima tempestad.

Asimismo es segura la lluvia cuando las abejas vuelven a las colmenas antes de ponerse el sol y con poco botín.

Igualmente anuncian lluvia inmediata los cuervos, cuando despiertan de madrugada y graznan más que de costumbre.

Cuando las golondrinas vuelan rozando la tierra, no está lejos la tempestad. Si, por el contrario, alzan el vuelo entre las nubes, puede emprenderse el viaje sin peligro de mojarse.

Siempre que el ruiseñor canta muy claro, por la noche, se puede asegurar que el tiempo será bueno durante el día siguiente. Lo contrario sucede cuando las ranas organizan por la noche sus conciertos y las lechuzas revolotean y silban estripitosamente.

No son únicamente los animales y los pájaros los que señalan los cambios de tiempo.

Si la hoja de flor permanece seca por la mañana, es buena señal; pero si se humedece y adquiere un color azulino y rosado, lloverá dentro de poco rato. Igual si la piel de las cribas se afloja, los haces de hierba, trigo y cebada pesan más poco antes de llover.

El leñador consulta su hacha como el segador su hoz; cuando el metal es limpio y reluciente, confía en que tendrá buen tiempo; pero si se empaña y no se escurre el mango de la mano, se dará prisa en recoger la leña y volver a casa.

En otoño, la escarcha blanca señala lluvia, y rosada buen tiempo.

La luna, rodeada de círculo pálido y amarillo, indica lluvia; si es rojo, viento; si brilla pura y luminosa, buen tiempo.

Si preguntáis al campesino en qué libro ha aprendido todo esto, os responderá: «En un libro que está al alcance de todo el mundo: en el gran libro de la Naturaleza».—C. L.

Tratado elemental de ARITMÉTICA

POR

D. Victoriano F. Ascarza.

Libro redactado expresamente para los aspirantes al Magisterio y para los opositores a Escuelas.

Forma un volumen de 472 páginas.

Ejemplar, 5 pesetas.

PIDASE EN TODAS LAS LIBRERIAS

—La escuela, ya lo sabe usted—empezó José Miguel dirigiéndose al párroco—, se halla en un estado lamentable. ¡Que ese tabuco ruin, que parece un corral abandonado, sea el templo, casi tan sagrado como la iglesia, donde haya de ejercitarse el ministerio de la educación!

—Sí; tienes razón. Si no arreglas la gotera, arreglarás la casa entera. Eso ha pasado aquí. La escuela cerrada, nadie para atenderla y al cabo del tiempo está como está.

—Por otra parte, señor párroco, yo no quisiera molestar a usted; pero es horrible que la escuela sea el depósito de los cadáveres que van a ser enterrados. Si los niños tienen sensibilidad, y hay que fomentársela, ¿con qué amor van a mirar la escuela que los hostiga con el recuerdo de la muerte?

—Mira; en estos pueblos, la costumbre, la rutina, si quieres, lo gobierna todo. Lo irás viendo en todas partes. Hasta en la iglesia hay costumbres populares que te harán reír. Tú que vienes de fuera con ideas más modernistas, con el entusiasmo de la juventud, al ver nuestras cosas sentirás impulsos de gritar: «Señores, que eso no debe ser así». ¡Pobre de tí si lo hicieras! Chocarías con el pueblo, te crearías su rencor y acabarías por saltar de mala manera. Para quedarte aquí, tendrás que hacerte como todos. Y te harás; vaya si te harás.

José Miguel, con los codos apoyados en las rodillas, miraba al párroco y restregaba las manos con nerviosidad.

—Yo vine aquí... ¿qué sé yo cuando!— prosiguió el párroco, y su voz era algo más opaca—. Llevo más de cuarenta años en la parroquia. El celo de la gloria de Dios que yo traía me hacía saltar como un rebeco por esos vericuetos que acabas de cruzar. Mi primera visita fué a la iglesia. No te diré que estaba abandonada; pero ¡qué imágenes, Virgen santa! Ya las verás; a mí ya no me chocan. Sobre todo la Inmaculada. Algún pastor hizo la cara y las manos a punta de navaja; las embadurnaron de pintura, y acabaron de formar la imagen con una trenza de pelo partida en dos, un alba de la sacristía y un manto con lentejuelas... ¡Dios mío! Como yo no podía pasar por aquel adefesio, dicho sea con todos los respetos que la Virgen merece, al cabo de algún tiempo propuse a las Hi-

jas de María la compra de una escultura, copia fidelísima de la Inmaculada de Murillo; me proporcioné una fotografía y... me la rechazaron. ¿Sabes por qué? Porque no querían Virgen con vestido y con pelo de madera. Aquel primer engaño sirvió para orientarme en lo demás. Ellos no se hicieron como yo; yo tuve que hacerme como ellos.

—Bien; pero en la escuela es otra cosa. Ya sabe usted que al árbol que nació torcido cuando es joven pronto se le endereza.

—¡Sí, hijo, sí! También sé que de tal palo tal astilla. Hay refranes para todo. Lo que tú dices sería bueno si los chicos, al salir de la escuela, no volviesen a casa y no estuviesen con sus padres. Para ellos, la casa es lo real, es la vida. Lo otro, la escuela, es lo falso, lo postizo...

—De modo que usted no confía en los frutos de la educación, en la perfectibilidad humana?

—Sí. Confío en la educación y en la gracia de Dios, que «puede hacer de las piedras hijos de Abraham». Pero lo que puedo decir es que son ya tres las generaciones de este pueblo que he conocido, y de Juan a Pedro no va un dedo. Si borrachos encontré, borrachos tengo, y así lo demás. Yo me contento con no dejarlos, cuando falte, peores que los encontré. Hago con ellos lo que con ese reloj que cuelga en la pared. Él, siempre bajando las pesas; cuando ya van a tocar el suelo, las levanto, y vuelta a empezar.

Se hizo un corto silencio. El sacristán lo rompió diciendo:

—¿A qué afligirse con lo que ha de venir? Le basta a cada día su propio afán, como usted nos lo predica, D. Benigno. Lo que D. José Miguel quiere, y en esto creo que no hay dificultad, es que los cadáveres no se depositen en la escuela. De Pascuas a San Juan tenemos un entierro. Que se niegue entonces a entregar la llave de la escuela; el señor párroco hace la vista gorda; se le reza al difunto un responso en la casa, y derecho al cementerio, y aquí paz y después gloria. ¿No es así?

El párroco y el maestro aceptaron con una sonrisa la proposición del sacristán. Este, satisfecho, continuó:

—Ahora, un poco de *leticia* no estaría mal para alegrar la vida...

—Hasta latín sabe este pícaro. No aprovechas mal las lecciones. Anda, llama a mi hermana, que habrá vuelto de la fuente. Que nos suba una *sangría*.

Se oyeron pasos, abrióse la puerta y apareció en el hueco de ella, llenándolo por completo, una mujer rechoncha, vestida de un percal oscuro, con un pañuelo en la cabeza, que le recortaba la mascarilla y dejaba caer las puntas por el pecho. Su fisonomía era extraña a causa de la enorme bizquera del ojo derecho, que pugnaba por entrársele en la nariz.

—Mira, Gaudencia, aquí tienes a nuestro maestro.

José Miguel hizo mención de dirigirse a ella, pero le detuvo con un gesto de la mano izquierda extendida.

—Bienvenido el maestro. ¿De dónde es el mozo?

—De tierras de Castilla, señora.

—Garboso parece para estos andurriales—y echó a andar hacia el armario con un angustioso movimiento de caderas. Daba la sensación de una bomba de incendios, a doble émbolo, que comenzase a funcionar.

Sacó del armario una botella de vino y un saco de papel con azúcar; subió el sacristán una jarra de agua y tres vasos, y preparó la *sangría*, que a José Miguel le supo a gloria.

Levantáronse; quiso el maestro despedir en su habitación al párroco y a su hermana. D. Benigno se empeñó en acompañarlos hasta la puerta de la casa, y cuando después de un efusivo apretón de manos les vió alejarse, meneó la cabeza pensando:

—¡Qué mal Sancho le cayó para escudero!

EL PRIMER DIA DE CLASE

La sacristana se ha tomado la molestia de limpiar la gallinaza de los cuatro enseres de la escuela y pasear una escoba por las paredes, los rincones y hasta las vigas podridas que sostienen el tejado. No por el suelo. El suelo es de tierra, y tierra movediza, y limpio o sucio, así fué desde un principio y así será hasta la consumación de los siglos.

José Miguel ha sido puntual. A las nueve de la mañana abrió la puerta de la escuela, y unos instantes después ponía en orden sobre la mesa los escasísimos libros húmedos y mugrientos que había

en el hueco de la ventana. Ni papel, ni tinta, ni tinteros, ni plumas, ni encerados, ni yeso.

Pasa el tiempo... El maestro se asoma a la puerta para ver si algún chiquillo se dirige a la escuela... Nada.

Las diez...; lo mismo. La escuela, vacía. ¡Es raro! ¿Qué puede suceder? Pero he aquí que una mujer entra en la plazuela y se dirige resueltamente hacia donde está José Miguel.

—Buenos días, señor maestro.

—Felices, señora.

—Pero ¿hay escuela o no?

Y brusca y atropelladamente comienza a hablar en su nombre y en el de sus vecinas próximas. Están todas sorprendidas de que a las diez aun no se haya abierto la escuela, después de cinco meses en que ha estado cerrada por falta de maestro. Tienen a sus hijos hechos unos pollinos, sin conocer una letra para un remedio. El pueblo, claro está, esperaba mucho de un maestro de «posición» (oposición); pero como ya se había metido en casa del sacristán, cuyo número de hijos basta para llenar la mitad de la escuela, allá Dios se ocupará de los demás... Al fin y al cabo, el maestro nuevo será como los que se fueron: buenas palabras al principio, que tiempo habrá después para tumbarse de espaldas. Pero la culpa la tendrán los zanguangos de los padres, que son tan pollinos como sus hijos. El maestro, entretanto, ya se ve... va muy bien sobre el machito mientras el Gobierno pague; pero si ella fuera la pagadora, ¡ja!, ¡jai!... ¡Ya llenaría el bolsillo de los holgazanes! Contento atarles una cuerda por la cintura para que no pudieran comer sino con la mitad de la barriga! Bueno, señor maestro, ¿hay escuela o no?

José Miguel miraba asustado aquella tarasca sucia y despeinada, que abría una boca enorme sin más dientes que los cuatro colmillos que, al cerrarse la boca, se ocultaban, como en el caimán, en Dios sabe qué profundas escotaduras.

Como si no hubiera oído el iracundo alegato, y sí solamente la pregunta final, dijo por toda respuesta:

—Señora: yo he abierto la puerta de la escuela a las nueve en punto, y no me he movido de este lugar durante un solo minuto.

—Pues nadie ha oído la campana!

—¿Qué campana?

—Esa—respondió la mujer señalando la de la iglesia.

José Miguel dirigió sus ojos hacia la campana, de cuya lengua pendía una cuerda que terminaba a ras del suelo.

—¿Y con esa campana se anuncia la hora de entrada?

—Claro que sí. ¡Pocas gracias!

—¿Y todos mis antecesores lo hicieron?

—Todos.

—Todos, sí... Como él tendría que hacerlo. ¡Pues no faltaba más! ¡A ver si el pueblo iba a tener la obligación de averiguar el momento en que los rapaces deberían encaminarse a la escuela! Para algo pagan al maestro. Y... ¡hala, hala! A tirar cuanto antes de la cuerda, que a otros más «gallosperus» no se les cayeron las alhajas de los dedos...

Y se fué aquella Erinna desdentada dando largas zancadas y con el gesto maligno del «¡para que te aguantes!».

José Miguel no salía de su asombro.

—Pues señor—pensaba—, ¡excelente comienzo el de mi labor de maestro! Los auspicios no pueden ser más lisonjeros. Vengo a la clase por vez primera, y vengo rebosante de optimismo y buena fe, y el saludo del primer padre de familia se concreta en media docena de gritos y frases agresivas... que son una sentencia con vista de águila. ¿Y la campana? ¿Qué hacer, Dios mío? ¿Perpetuaré una costumbre peligrosa? No es que padezca mi honor por el hecho de que a mi título de maestro se le una *por accesión* el de campanero. Después de todo, aparte de la idea que uno pueda tener del propio decoro, la realidad es que, en la vida de relaciones, nuestra honra profesional no es mayor ni menor que la que quieran concedernos los que nos rodean. Y es muy posible que en este pueblo no se conciba un maestro modelo, como no sea doblando el espinazo para tirar con fuerza de la campana. Pero hay algo más grave en todo esto. Tocar la campana todas las mañanas y todas las tardes supone arrebatarse a las familias una preocupación muy santa: la preocupación de la hora. Si se les quita ésta, ¿qué les queda ya? Mi obligación es enseñar a los hijos de estas gentes desgraciadas; debo esmerarme en educarlos, en darles buenos consejos para dentro y fuera de la escuela; inspirarles el ideal de que sean *hombres*

en toda la integral plenitud de este concepto. Siendo ésta mi misión, saludable es que los padres cumplan la suya: la de enviarme a sus hijos espontáneamente, preparándomelos para la diaria tarea. Los niños deben venir a este lugar, no porque los llame una campana bullanguera, sino porque es absolutamente preciso que vengan, y que vengan con puntualidad. Y esto es necesario que el vecindario lo sepa por su propio bien. ¡Oh, sí! ¡Hay que sembrar santas inquietudes! Y esta campana no les arrebatará la santa preocupación de la hora.

Pero José Miguel volvió un momento a la realidad. Vió aquella escuela vacía, como ciudad asolada por el huracán de la muerte. Allí faltaban las caritas sonrientes de los niños, la alegría de sus risas bulliciosas, sus frases incoherentes...; allí faltaba la vida.

Y asustado de aquel silencio de agonía, de aquella frialdad de tumba, asíó sin vacilar un punto la cuerda de la campana, y corrió por los espacios su tintineo argentino, como toque de oración, y un instante después el reducido local parecía una colmena rumorosa rebosante de alegría.

*

* *

¿Hay algo más gracioso que un niño guapo con la carita sucia? El ojo avizorante del espectador quiere adivinar bajo la mugre inveterada, la finura de la piel, la suavidad del rasgo, la delicadeza del matiz... El niño sonríe, y es encantador el contraste entre la belleza expresiva del rostro y la mascarilla de suciedad que lo vela, y el conjunto de mascarilla y rostro parece un diminuto mapa mundi de tonos exclusivamente grises.

¡Oh, cuán pocas veces ha sido el niño fuente de belleza literaria! ¡Cuán poco se ha preocupado de él la literatura española! Nuestros hombres de letras, los del período clásico, los de las épocas decadentes, los del siglo romántico, especialmente, ¿han sentido al niño como lo han sentido Tolstoi, Mantegazza y Amicis? Y es tanto más de extrañar cuanto que nuestro arte pictórico marca en este sentido una ruta tradicional; porque en las épocas geniales ha hecho del niño motivo fundamental de belleza y expresión.

El Greco no concibe en sus últimos tiem-

pos una composición sin colocar el niño en primer término, entre un laberinto de piernas retorcidas como llamas.

Murillo es el pintor de los niños santificados, cuyos ojos negros como carbunclos dejan en el ánimo, más que admiración, una impresión de profunda inquietud. El mismo Velázquez, pintor de reyes, príncipes, favoritos y bufones, ha dejado en el cuadro de *Las Meninas* un prodigio de gracia infantil, surgiendo de una sinfonía espléndida de grises en un milagro de perspectiva.

Niños... Sonrisa de la naturaleza: ¿qué importa que no os cantaran los poetas, si habéis tenido el más divino cantor, aquel que en las poéticas montañas de Galilea dijo a los hombres que solamente entrarían en el reino de los cielos haciéndose como vosotros y siendo como vosotros!

Niños... También vosotros sois la sal de la tierra, porque vuestra infancia dichosa e inmaculada es una constante buena nueva de esperanza y optimismo que entonáis para estímulo de los que meditan, de los que sufren, de los que desconfían...

¡Oh, niños...! Cuántas veces habrá que decir con el poeta:

«Vuelva hacia tí mi corazón amante,
¡oh aurora de mi vida inmaculada,
más luminosa cuanto más distante!»

*
* *

Así meditaba José Miguel observando aquella tropa numerosa que penetraba en la escuela al son taumátúrgico de la campana.

Iba el maestro acariciando a los niños y preguntándoles sus nombres, pues es de advertir que ni un solo padre ni una sola madre de familia tuvo la atención de visitarle para hacerle entrega de aquellos benditos hijos.

—¿Cómo inspirar a esas pobres gentes—se decía—la idea de que uno de los momentos más trágicos de la vida es aquel en que un padre deposita su hijo en manos de otra persona para que le forme el espíritu? ¿Cómo no recordar con horror la escena en que aquel maestro de Rávena gritó al recibir en sus manos al hijo de su enemigo: «He aquí mi venganza»!

Unos minutos más tarde sabía José Mi-

guel que aquel niño de ojos grandes, negros, profundos y tristes, era Juan Ramón, pobrecito huérfano cuyos padres habían muerto en lejano país, adonde huyeron por haber creído ingratas las tierras de su patria.

Aquella niña delgada y larga, de greñas laxas sobre el rostro demacrado, y cuyos ojos desmesuradamente abiertos dibujaban un susto constante, es Luzdivina, la hija de *la Loba*, de quien se cuenta que en cierta ocasión tuvo que luchar a brazo partido con una de esas formidables cánidas, a la que consiguió vencer sin más armas que sus dientes transformados en puñales y sus manos convertidas en garras; de donde le quedó el mote indicado, del que ella ha hecho, como una Walkyria, empresa, escudo y venablo.

Aquel rapaz que se pasa el santo día haciendo exploraciones en las fosas nasales, cara pícara y sucia, muy sucia, con porquería del año que se quiera, menudo y revoltoso como una ardilla, es Corso—modificativo familiar de Corsino—, enemigo personal e irreconciliable de todos los pájaros, perros y gatos de la aldea.

La niña que está a su lado, único rostro limpio, única cabeza aseada de toda la grey, blanca, rubia y delicada, con el librito de lectura envuelto en su pañuelo, es Dulce María, la sobrina del americano que vive en «la casa de la verja», y del que se dice que cuenta los pesos «a maconadas».

El chicarrón aquel de voz gruesa y rostro lleno de pelusa, brazos fornidos y dorso abovedado, es Luisón, mozanco de catorce años, cuerpo de veinticinco y espíritu de seis, que viene a la escuela a «deprender algo de cuentos, pues tócale co'l invierno embarcar pa la Habana y quier'ir bien preparau».

Aquellos ocho truhanes, acurrucados junto a la pared, formando escala, rostros movibles de liebre y ojos vigilantes de gato en acecho, constituyen la *chiquillada* del sacristán.

Y más y más niños que entran, salen, corren, ríen, lloran y gruñen, forman la población escolar con la que tiene que habérselas el bueno de José Miguel, y a la que habrá que dejar los primeros días con más libertad que en la escuela de Yasnaia Poliana; porque se daba

Asociaciones de Maestros

Maestros nacionales de Mondoñedo (Lugo).—Se convoca a los señores de la Junta directiva y demás compañeros que ejercen cargo en este partido, para celebrar sesión el día 22 del corriente, en su domicilio social, y hora de once de la mañana, al objeto de cumplir lo que sobre este caso preceptúa el Reglamento de esta corporación.

El Presidente, JOSE MARIA CASTLEIRA.



Ronda.—En sesión celebrada el día 9 del actual, tomó posesión la Junta directiva reelegida en Junta general del 25 del pasado mes de diciembre, y que ha de actuar durante el año 1922, integrada por los señores siguientes: Presidente, D. Diego González y Jiménez; Vicepresidente, doña María de Loreto Gómez Gascón; Tesorero, D. Lope de Vega y Chaperó; Contador, D. José Muñoz Fernández; Vocales: D. Rafael Jiménez-Carriño Sánchez y doña Encarnación Mur Alvarez, y Secretario, D. Juan Avilés Cárdenas, todos Maestros de las Escuelas nacionales de esta ciudad, excepto el contador, que lo es de las de la capital de la provincia.

El domicilio social continúa instalado en la Plaza de la Duquesa de Parcent, Grupo escolar «Verge».

En la misma sesión se acordó pedir nuevamente a la Permanente de la Nacional que gestione con todo encarecimiento que el Estado se haga cargo del pago de la casa-habitación de los Maestros, como ya en repetidas ocasiones ha solicitado esta Asociación de la Nacional, único medio de que el Magisterio se emancipe por completo de los Municipios.

El Presidente, DIEGO GONZALEZ JIMENEZ. El Secretario, JUAN AVILES.

LECCIONES DE COSAS

Extractos de un curso escolar, por
D. Ezequiel Solana.

158 páginas, 180 grabados. Ejemplar,
1,25 pesetas.

Crónica General

De Marruecos

«Según comunica el alto comisario, durante el día de hoy no ha ocurrido novedad en los territorios de Ceuta-Tetuán, Melilla y Larache.»

Noticias particulares dan detalles de la vida de los prisioneros; he aquí las principales:

«Hace más de un mes trabajan en la playa de Axdir 50 soldados prisioneros, en la construcción de trincheras para el emplazamiento de las piezas de artillería que conservan útiles los rifeños.

Otros 20 fueron conducidos al monte que domina la isla y se les obliga a trabajar en la colocación de siete cañones Schneider.

Las gestiones hechas para el rescate por el delegado especial de la Cruz Roja, Sr. Almeida, no han dado resultado todavía.

Una de las principales dificultades para el rescate consiste en que abd-el-Krim no manda hoy ni en su propia casa y las divisiones entre los jefecillos rifeños se multiplican.

Se habla de que en una reciente «jonta» se ha proyectado escribir particularmente a cada familia indicándole la forma y el precio del rescate de sus respectivos deudos.

Los moros que visitan la isla dicen que la jarca rebelde ha tenido en estos días más de mil bajas y que pide refuerzos con gran insistencia.

En Annual se oye tronar el cañón, con el natural júbilo por parte de los prisioneros.

A éstos continúan robándoles la mayoría de las provisiones y efectos que se les envían.»

La crisis

Continuamos sin Gobierno y así seguiremos todavía Dios sabe hasta cuándo, porque no se ve solución al conflicto, sino por el contrario cada vez está más confuso.

Ayer fueron llamados a Palacio los señores Villanueva, Alba y Alvarez (don Melquiades).

Al salir el ex presidente del Congreso dió a los periodistas una nota en la que culpa al Gobierno de haber provocado la crisis y dice después:

«Las Juntas militares hoy, como ayer los pronunciamientos y todas las perturbaciones que transformaron la vida nacional, no son creación arbitraria, romántica o violenta de nadie, sino expresión fiel y dolorosa de un estado político y social que, mientras no se modi-

fique radicalmente, seguirá produciendo frutos de maldición.

Pide por último un Gobierno que sin el peso de los fracasos inspire confianza por su prudencia y austeridad.»

El Sr. Alba también dió nota, en la que dice no se puede gobernar de espaldas al Parlamento y que hay que ir al planteamiento a fondo de todas las cuestiones con el conflicto relacionadas, buscando en el concurso activo de la opinión y en una comunión patriótica con el mismo Ejército, ante los males públicos y la necesidad y la voluntad de remediarlos, lo que sería vano procurar por simples unilaterales golpes de «Gaceta».

Le parece engañosa y perturbadora la idea de disolver las Juntas por Real decreto, y después de recordar que en 1914 él defendió la reorganización total del ejército, dice, hay que elevar el ideal de la política española, para colocarlo en condiciones de diálogo con los grandes pueblos del Mundo; afirmar y restaurar la vida constitucional en todos sus órganos y en sus manifestaciones todas; reconstituir los medios económicos y financieros de la nación y del Estado, hoy en tan aguda crisis y apenas atendidos sin en lo que podría interesar a dos grandes monopolios, y devolver, en suma, al ciudadano español la satisfacción interior de que carece...

Al salir el Sr. Álvarez, hizo las siguientes declaraciones:

«A mi juicio, es un error examinar esto de las Juntas de defensa como un hecho aislado del malestar de la vida pública, pues es un síntoma de este estado de la vida española, en la cual se ha prescindido de la ley, se ha prescindido de la Constitución, se ha prescindido de la libertad y del respeto a todos los derechos, con lo cual se ha provocado este estado de cosas.

Yo estoy seguro, tengo la convicción plena de que con una política como la que nosotros predicamos y practicamos, una política de respeto al interés público, de observancia de las leyes y de acatamiento a todos los Poderes en el ejercicio de sus funciones, las Juntas no intervendrían para nada en los episodios de la vida pública, y si quisieran actuar, el Poder público tendría autoridad para corregirlas con eficacia.

El rey me preguntó sobre la solución de la crisis.

Y yo contesté que el único Gobierno que estaba incapacitado para continuar era el de Maura, porque se había hecho solidario de la conducta de La Cierva y porque esta conducta produjo el conflicto, que si hubiera habido tacto en los gobernantes no hubiera surgido.

De todas maneras, cualquiera que sea

la solución, he dicho al rey que el Gobierno debe ser parlamentario, acudiendo en seguida a las Cortes, y en último caso para que, sometiendo el asunto al Parlamento, sea éste, como el órgano más autorizado de la voluntad nacional, el que dijera la última palabra.

Preguntado qué solución podría darse a la crisis, no siendo posible, a su juicio, la continuación del Sr. Maura, respondió lo siguiente D. Melquiades Alvarez:

«Yo acaudillo un partido que tiene un programa en el que creo está la solución. De no ser así, de no tener fe en mi actuación, estaría siendo un comediante. No se tome a vanidad este ofrecimiento, sino como expresión de una confianza firme en las soluciones democráticas de que es intérprete el reformismo.»

Para hoy están llamados a consulta los señores Cambó y La Cierva, asegurándose que también será llamado a Palacio el conde de Bugallal.

Varias noticias

Ha fallecido en Sevilla el ex ministro albista D. Pedro Rodríguez de la Borbolla.

—El aparato Bristol, que salió ayer de Madrid conduciendo al director general de Aviación, Sr. Echagüe, aterrizó en Santa Cruz de Mudela a causa de las malas condiciones atmosféricas.

—Al salir del puerto de Vigo el vapor «Itálica naufragó, salvándose la tripulación.

Extranjero

M. Poincaré ha sido encargado de formar Gobierno. Hay gran expectación por que duda que pueda formarlo.

—Las delegaciones belga e italiana en Cannes regresarán hoy a sus respectivos países.

Mutualidad Escolar.

POR

D. Ezequiel Solana.

Obra en que se estudian estas benéficas instituciones, declaradas obligatorias en todas las Escuelas, dando toda clase de instrucciones para su implantación.

Forma un volumen de 256 páginas.

Ejemplar, 3,00 pesetas.

PIDASE EN TODAS LAS LIBRERIAS